

Apóstoles de pensar en ello, que ya atemorizados habíanse dispersado, y casi habían olvidado la promesa de Jesucristo, de que resucitaria al tercer día de su muerte, y en aquellos días la Cruz que debía vencer al mundo, no inspiraba otra cosa que espanto aun á los mismos que estaban destinados para conquistar con ella los pueblos y naciones. Tan lejos, repito, estaban los Apóstoles de robar su cuerpo, que no teniendo valor ni aun para acercarse al sepulcro, para tributar los últimos obsequios á aquel que tanto les había amado y de quien tantos beneficios habían recibido, dejaron este cuidado á las piadosas mujeres que se mostraron menos tímidas que ellos. Sin embargo, era necesario que se tomasen serias precauciones, que el sepulcro fuese vigilado y guardado, para que los mismos enemigos de Jesús fuesen testigos oculares del prodigio de la Resurrección. Que Jesucristo no era un impostor, que sus milagros continuos durante los tres últimos años de su vida eran una realidad, que todas sus obras dieron á conocer su divinidad, es una verdad innegable. No es necesario fijarnos tan solo en su Resurrección, aunque este milagro fuese el sello de todos los anteriores. ¿Qué mucho que ahora quisiesen ocultar el prodigio, si habiendo sido antes testigo de otros muchos, no sirvieron para que abriesen sus ojos al conocimiento de la verdad? En confirmación de esto, digamos algo aunque de paso sobre los grandes milagros de Jesucristo obrados en su vida, y los efectos que produjeran en la Sinagoga. Y desde luego, curar toda clase de enfermedades por solo su voluntad, multiplicar un corto número de panes para satisfacer el hambre á una gran

turba de gentes, andar sobre las aguas y resucitar los muertos, fueron sus mas asombrosos milagros. No los efectuó tan ocultamente que la fama de estos prodigios no volase por todas partes, lo que hacia que á él acudiesen los ciegos, cojos, los tullidos ó afectos de otras enfermedades en busca de la salud que conseguian con sola su palabra. Muchos creyeron en él á vista de sus obras, y despues de observarle y examinar sus prodigios. Y no solamente los hijos de aquel pueblo, sino que hasta los mismos extranjeros persuadíanse de la verdad de sus palabras. ¿Quién acudió á Jesús de Nazareth que no saliera socorrido? ¿Quién le pidió la salud que no la consiguiera? ¿A quién vió llorar que no enjugara sus lágrimas lleno de misericordia? Abramos, señores, las páginas del Evangelio y en él encontraremos abundantes pruebas de esta verdad.

Y desde luego paremos nuestra consideración en la cura momentánea del siervo del Centurion. No bien había acabado Jesucristo de dejar limpio, con solo tocarle, á un leproso, cuando viniendo á él el Centurion le dijo: «Señor, mi siervo está postrado en cama y es reciamente atormentado.» Jesús entonces lleno de bondad le contesta: «Yo iré y le sanaré.» Admiremos ahora para nuestra propia confusión la fé del Centurion. «Señor, le dijo, yo no soy digno de que entres en mi casa, mas mándalo con tu palabra y será sano mi siervo.» ¡Oh fé digna de imitación! Jesucristo fué su mismo panegirista, y en premio de ella el Salvador le dijo: «Vé y como creistes, así sea hecho.» Y en efecto, el siervo quedó sano (1). Tales y aun si se quiere mas portentosos

(1) Mat. cap. VIII.

que este, nos refiere otros muchos prodigios el Evangelio. Dos ciegos que se postran á sus piés y le piden misericordia, recobran instantáneamente la vista (1). Si en seguida le presentan un hombre endemoniado que estaba mudo, queda libre y recobra el uso de la palabra (2). Estos continuos milagros, que jamás han podido ocultar los mismos judíos, hicieron que la fama de Jesus de Nazareth se extendiese por todas partes. ¿Qué podremos añadir á esta narracion del Evangelio? Si nos detenemos en la resurreccion de Lázaro, ¿no mostró ella suficientemente todo el poder de Jesucristo y demostró su divinidad? Muchos de los judíos que habian venido á ver á María y Marta, se hallaron presentes cuando Lázaro salió del sepulcro, y creyeron en Jesucristo (3). Otros fueron y dieron cuenta á los fariseos de lo que Jesus habia hecho. A nadie se le ocurrió el negar el prodigio, y solo juntándose los príncipes de los sacerdotes y los fariseos en concilio decian: «¿Qué haremos, puesto que este hombre hace muchos milagros (4)?» Basta y sobra con esto para mi propósito. Si los mismos sacerdotes y fariseos no pudieron negar los prodigios del poder de Jesucristo, y sin embargo querian ocultarlos, bien diciendo que lanzaba los demonios en virtud de Belcebú, príncipe de los demonios, bien que se valia de hechicerías, y consultaban entre sí cómo saldrian de aquel hombre que hacia tantos prodigios, ¿cómo habian de confesar su gloriosa Resurreccion, á pesar de estar persuadidos de su verdad?

(1) Ibid. cap. IX, v. 28 y 29.

(2) Ibid. v. 32 y 33.

(3) Multi ergo ex judæis, qui venerunt ad Mariam et Martam, et viderunt quæ fecit Jesus, crediderunt in eum. Joan. cap. XI, v. 43.

(4) ¿Quid facimus, quia hic homo multa signa facit? Ibid. v. 47.

¿Y de qué medios podian valerse sino de miserables sofismas, para ocultarla á los ojos del mundo? Luego si fueron ciertos los milagros de Jesucristo y lo fué el asombroso de su Resurreccion, que nadie ha podido negar con una prueba de buen género, resulta probada la divinidad de Jesucristo.

Empero no concluiré esta parte del discurso, sin examinar algunas herejías que aunque confundidas por la Iglesia, han tratado de resucitar de nuevo los partidarios del error. Al referir el Padre San Agustin la astucia de los judíos, al decir que mientras estaban dormidos los guardas, vinieron los discípulos y robaron el cuerpo de su Maestro, no puede menos de contestarles: ¡Vana y miserable astucia! Vosotros si que sois los dormidos. Me dirijo á aquellos que no tienen reparo en decir que mal podria haber resucitado Jesucristo, cuando no habia muerto. Vosotros estais dormidos, contestaré yo á estos como San Agustin á los judíos. Con solo que considereis en los grandes tormentos y aflicciones porque hubo de pasar nuestro amabilísimo Redentor durante el tiempo de su pasion, la abundancia de sangre que estrajo de sus venas asi el tormento de los azotes, donde gastaron sus fuerzas seis robustos verdugos, como las espinas de la corona y las muchas heridas que cubrieron su bendito cuerpo, que estaba hecho una llaga de los piés á la cabeza, y contempleis lo que hubo de padecer en el martirio de la crucifixion, su postura en la cruz y la lanzada del costado, que hubiera bastado á quitarle la vida si no hubiese ya muerto, es suficiente para que conozcais que Jesucristo murió real y verdaderamente, como real y verdaderamente resucitó al tercer

dia de entre los muertos. Bien satisfecho quedaria de su muerte el que viniendo á quebrar las piernas á los ajusticiados, no lo hizo con Jesus por verle sin vida. Y en cuanto á la Resurreccion, ¿qué hubiera sido de los guardas á ser cierto lo que ellos mismos afirmaban por el pueblo? Ciertamente que en vez de recibir dinero, hubiesen recibido castigos terribles. Los discípulos hubiesen sido buscados con el mayor cuidado, se les hubiese obligado á entregar el cuerpo de Jesus, y ellos viendo que no habia resucitado, lo hubiesen entregado de buen grado, y en el instante hubiese muerto la naciente fé. Mas no fué asi: Jesucristo resucitó, y en su Resurreccion tuvieron cumplimiento muchas profecías y señales del Testamento antiguo.

Yo no puedo menos de dolerme al ver la incredulidad de muchos hijos de la Iglesia, que ciegos de soberbia y no queriendo sujetarse al leve y suave yugo de la religion, la niegan por completo, negando la Resurreccion del Salvador. A mí me parece mas criminal la incredulidad de estos, que la de los mismos judíos, porque si ellos tuvieron pruebas por donde llegar al conocimiento de la verdad, son muchas mas las que tenemos nosotros... Empero dejemos esto para mas adelante, y ya que hemos visto probada por la Resurreccion la divinidad de Jesucristo, veamos ahora la verdad de su religion.

SEGUNDA PARTE.

Para entrar de lleno en las pruebas de la verdad de nuestra religion por la Resurreccion de su Fundador divino, es necesario volvamos de nuevo á la nar-

racon de los Evangelistas. Las Marías, obedientes á la voz del ángel que les habia hablado en el sepulcro, fueron con la mayor velocidad á dar cuenta á Pedro y á Juan de lo que habian visto y oido, los cuales fueron al sepulcro y vieron en efecto los lienzos ó sábanas en que habia sido envuelto y el sudario de su cabeza. Ellos, pues, se retiraron de aquel lugar, y como se hallasen los discípulos juntos escondidos por miedo á los judíos y teniendo las puertas cerradas, apareció Jesucristo en medio de ellos y les dijo: Paz á vosotros; y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos y el costado, y se gozaron los discípulos viendo al Señor, el que les dijo de nuevo: «la paz sea con vosotros; como el Padre me envió á mí, asi tambien yo os envio á vosotros:» y soplando sobre ellos, «recibid, les dijo, el Espíritu Santo: á los que perdoneis los pecados perdonados les son, y á los que se los retengais les son retenidos.» Tomás, uno de los doce, no estaba en compañía de los otros cuando vino Jesus; pero ellos le dieron la nueva diciéndole: «Hemos visto al Señor.» No creyendo Tomás en que podia haber resucitado, contestó prontamente: «si no viere en sus manos la hendidura de los clavos y metiere mis dedos en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no lo creeré.» Al cabo de ocho dias estando reunidos los discípulos y con ellos Tomás, vino Jesus estando cerradas las puertas, y poniéndose en medio de ellos los saludó como la otra vez diciendo: «La paz sea con vosotros,» y dirigiéndose á Tomás le dijo: Mete tus dedos en las endaduras de los clavos y mete tu mano en mi costado y no seas incrédulo sino fiel. Entonces reconociéndole Tomás exclamó: «Señor mio y Dios mio.» Porque me has visto, Tomás, has creído: bienaven-

turados los que no vieron y creyeron (1). La mision que recibieron los Apóstoles de su Maestro Jesucristo, fué la de enseñar á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Mision sublime! ¡Ocupacion santa! Ellos aceptaron el ministerio para que habian sido elegidos, y se dispusieron á dar cumplimiento á la voluntad espresa de su Dios.

Leed mis hermanos, los hechos apostólicos, informaos de los grandes trabajos y persecuciones que hubieron de sufrir aquellos fieles discípulos y predicadores de Cristo: contempladlos dando sus vidas en los martirios y decidme: si ellos no hubiesen estado ciertos de la Resurreccion de su Maestro, ¿se hubiesen decidido, cuando antes eran tímidos y cobardes, á esponerse á tantos trabajos, á penetrar con su voz, así en los alcázares de los príncipes como en la choza del pastor, para formar una revolucion moral que reformara el mundo? Si no hubiera sido cierta la Resurreccion de Jesucristo, tambien hubieran sido paradojas su admirable Ascension á los cielos y la venida del Espíritu Santo sobre el colegio apostólico. Ahora digo yo; ¿es indudable la predicacion de los Apóstoles y sus admirables triunfos en la propagacion de la nascente Iglesia? Y á no haber sido iluminados por el Espíritu Santo, ¿qué fruto hubiesen sacado de su predicacion unos hombres toscos é ignorantes, sin mas ciencia que la que podian haber aprendido en su humilde oficio de pescadores, y sin mas trato ni reputacion que entre sus compañeros de ejercicio? Seguid, amados mios, leyendo la historia de los primeros si-

(1) Joan. cap. XX circa finem.

glos de la Iglesia. Vereis á los Apóstoles sellar la religion con su sangre. Las mas violentas persecuciones se levantan contra la Iglesia, y los tiranos se proponen concluir con el nombre cristiano: pero en vano son todos sus esfuerzos: mientras personas de toda edad, sexo y condicion corren presurosos al martirio sin asustarles los garfios, las ruedas y afiladas cuchillas, del seno mismo del paganismo salen nuevos defensores de la fé, aumentándose de un modo prodigioso á proporcion que se aumentaban los martirios. Las conquistas de la religion cada vez se hacen mas numerosas; la Iglesia añade cada dia nuevos laureles á su corona, y cayendo por tierra los altares de los ídolos, el signo de la cruz se vé ondear sobre los mas altos edificios y adorna como trofeo de gloria la frente de los Césares.

Auméntase el furor de los enemigos de la religion á vista de tan señalados triunfos; encarnízanse las persecuciones, que producen muchos mas mártires, y de victoria en victoria, de conquista en conquista, parece pequeño el mundo para estender el reinado de Jesucristo. Esto no era bastante, y por eso el infierno produjo herejes presuntuosos, que en varios siglos dirigieron sus tiros contra la esposa inmaculada de Jesucristo, quien por boca de los Santos Padres los confundió, sin que lograran jamás arrancar sus grandezas á la Iglesia.

¿Y no será verdadera y divina una religion fundada de un modo tan admirable, propagada con tanta rapidez y que se ha sostenido triunfante por más de diez y ocho siglos de combates y persecuciones continuas? Y ¡oh desgracia digna de llorarse! á pesar de tantas pruebas incontestables, todavía